



Desnudos bajo la Luna



Eva Jungman
(Premio Único Cuento 2012)



Jungman, Eva

Desnudos bajo la luna. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Ruinas Circulares, 2013.

64 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-02-9

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
OCTUBRE 2013

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Imagen de tapa: Marc Chagall

Contacto con la autora: evajungman@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

V CERTAMEN DE CUENTO Y POESÍA

PREMIO ÚNICO CUENTO 2012

DESNUDOS BAJO LA LUNA

EVA JUNGMAN

JURADO

PRESIDENTE:

LILIANA DÍAZ MINDURRY
(ESCRITORA)

MIEMBROS:

PATRICIA BENCE CASTILLA
(ESCRITORA/EDITORA)

ZELMAR ACEVEDO DÍAZ
(1ER PREMIO CUENTO 2011)

PABLO ENRIQUE GARCIA
(MENCIÓN DE HONOR CUENTO 2011)

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

DESNUDOS BAJO LA LUNA

*A las amigas que custodian y
ayudan a escribir mi vida.*

– *No hay azar. El azar es el rebote de nuestras debilidades, las fallas del plan de vida.*

– *¿Ah, sí? Entonces un terremoto que te pesca en la cama y te...*

– *Pero eso no es el azar. Eso es la poesía.*

Julio Cortázar

DERECHO DE AUTOR

Quiero reivindicar mi derecho a dejarme llevar. A escribir. Sin plan alguno, elegir un tema, cualquiera. O que, sin quererlo, se me imponga. Y sorprenderme.

Por ejemplo, un terremoto que llega a medianoche cuando el protagonista del cuento, un arquitecto desocupado de treinta y pico, esté profundamente dormido. Justo esa noche que había destinado a “*tomar aire*” y dormir la resaca de todo su entusiasmo no consumado. Solo y a resguardo. Del mundo, de sí (todavía no aprendió que la vida no responde a expectativas). En esa habitación húmeda y desordenada, sin cortinas, en la que se filtra el ruido incesante de la calle, con un único cajón de manzanas de Río Negro como mesita de luz —sólo uno, del lado derecho, que es en el que Claudio suele acomodar su humanidad y junto al que, inmediatamente, se instala su gato Aimar—. Y sobre el que Jazmín, porque ella se llamará Jazmín (un nombre perfumado, si los hay, tan a medida del personaje), habrá colocado una carpetita de esas antiguas, bordadas, y un velador que compró un domingo de otoño en una venta de garaje; cuando entendió que no tenía perspectiva, al menos por el momento, de dejar de ser transitoria. La mesita de luz, digo. Y quizás, ¿por qué no?, también ella. Al menos, eso es lo que estará pensando Jazmín, con sus ojos negro profundo resplandeciendo como los de un búho sobre el blanco de las sábanas que su madre habrá tendido en su cama de niña, sin preguntarle nada, al verla llegar.

¿A dónde se habrá ido mi infancia?, pensará también, quizás no tan literalmente, esa noche, abrazándose a la almohada, en posición fetal, Jazmín; que además de sus ojos inmensos tiene un lunar inoportuno justo debajo de los labios

y una tristeza esmerilada que suele invadirle la existencia. Es que algunos nacemos tristes, acostumbra decir, casi orgullosa, como si se tratara de un rasgo físico o un don. Una tristeza amorfa, sin contornos, que disipa dispensando su gracia sobre los "Otros". Sí, con mayúscula, aunque parezca extraño. No se me ocurre otra manera de nombrar a esa vasta categoría de beneficiarios compuesta por niños, perros, gatos, todo tipo de causas (de las perdidas y de las otras), Claudio.

Mi derecho a no saber cómo seguir. A no saber qué hacer cuando las paredes comiencen a zapatear. Cuando todo (o algo más) se les desmorone. A no tomármelos tan a pecho. A dejarlos allí. Sin resolución. Arrojadlos a su (propia) historia.

EL REGRESO

He vuelto.

Después de pronunciarte en silencio cada noche. De recordar cada uno de tus gestos. Esa mueca dudosa que hacías al despertarte. La compasión con la que recogiste aquel pajarito. Tu manera estruendosa de reírte. De hablar en el cine. De anunciarme sin prolegómenos –es la vida, solías decirme–, las cuestiones más dolorosas: la muerte repentina de tu hermana, la debacle que te dejó en la calle. Y ese libro difícil que te habías propuesto leer –que debías leer, decías– antes de hacerte viejo.

Dicen que hace días que repetís mi nombre. Tus hijos me miran con una mezcla de ternura y curiosidad. Me preguntan si estoy cómoda, si quiero un té. ¿O tal vez una manta? Si quiero descansar antes de verte. Me preparan. El viaje debe de haberle resultado cansador, me dice, con una sonrisa angelical, una de tus nietas. Me tratan como a una reliquia frágil. Les sigo el juego. Me comporto como una anciana adorable.

He vuelto.

Te preguntarás por qué, después de tantos años. Treinta y siete, exactamente. He llevado la cuenta. Cada año como un remedio cayendo lentamente, de a una gota por vez. No vengo a cumplirte, como ellos creen, ningún deseo. A tomarte de la mano, ni a decirte que podés irte en paz. Sólo he venido a comprobar, por segunda vez, lo que ya sé. Que puedo sobrevivirte.

*Cuando estás muerto,
estás muerto. Eso es todo.
Marlene Dietrich*

LUGAR COMÚN

—No sabría cómo narrarme. Si como fui, como me hubiera gustado ser; o rindiéndome, de una vez por todas, a lo único verdadero y cierto — respondió con su voz ronca mientras me mostraba los dedos torcidos de sus manos casi transparentes —: el lugar común.

La miré desconcertada.

—Siento decepcionarla, pero como verá, no soy una excepción. Tengo, como todo el mundo, fantasmas que me visitan. De día, de noche. Mi hija me evita, me duelen los huesos, me cuesta caminar...La vida está llena de lugares comunes, *es* un lugar común — siguió.

Hacia poco más de media hora que conversábamos. El ramo de lilas que le había llevado, todavía, sin desenvolver; el aire saturado, las persianas cerradas, el mausoleo de fotos enmarcadas colgando — algunas torcidas — en la pared (tuve que contenerme para no levantarme y acomodarlas). Nada en el ambiente condecía con mi expectativa, ni siquiera ella. Pero “Las memorias de Marlene” se habían convertido en mi *leitmotiv*, no estaba dispuesta a ceder a la desilusión.

Asiendo con su pulso tembloroso la tetera, volvió a llenar mi taza y me ofreció otra porción de *tarte au citron*.

Acepté.

—Adoro la perfecta proporción del ácido y el dulce de esta tarta, ¿cómo supo que es una de mis debilidades? — dijo.

La *tarte au citron* de la *Pâtisserie Lenôtre*. Uno de los tantos detalles que me había encargado de averiguar.

—No le cuente a nadie, me cuidan de más —susurró, con

cara traviesa, mientras recargaba generosamente de *gin* su vaso y volvía a preguntarme si estaba segura de no querer un trago —, yo también voy a comer otra porción: está exquisita.

Debo reconocer que en ese momento pensé que, a pesar a todo, me resultaba agradable estar tomando el té, con esa anciana testaruda que se negaba a complacerme.

Entre bocado y bocado seguí adulándola. Le dije que era uno de los íconos de nuestra liberación. Que tenía que escribir sus memorias. Que nos las debía.

—Deber, deber —repetió inmune al elogio y a mi insistencia—. Qué palabra antipática. ¿Cómo dijo que era su nombre?... Escúcheme bien, Sophie —se limpió los labios con la servilleta—. Me parece que ya se lo dije antes, no estoy segura; si es así, discúlpeme: voy a repetírselo. Creo que ya es hora de ahorrarme el esfuerzo de la singularidad. Escriba eso de mí, simplemente eso. O invénteme. Créame que la entendería: todos necesitamos adornar la vida. La propia, la de los demás... —tomó de un sorbo el contenido de su vaso y se levantó, con dificultad, del sillón—. Pero hágalo usted, si eso es lo que quiere. Por su movimiento, por dinero, por los niños hambrientos del mundo, por lo que prefiera, me da igual: hace tiempo que decidí bajarme de escena. Ahora, si me disculpa... —llamó a su asistente y me dejó allí sentada. Sin derecho a réplica. Como a todo el resto, definitivamente atrás.

Murió poco después.

Mientras duró el revuelo, muchos quisieron convocarme. Yo era la última persona que había logrado entrevistarla. Además, me había convertido en una experta en “Marlene”: un producto que cotizaba en alza por esos días. No puedo culparlos: buscaban, como yo, detalles. Alguna “exclusiva”. Un dato original que les permitiera seguir alimentando el mito. Los titulares, su ego, el bolsillo. Sólo accedí a redactar esta breve necrológica que publicó *Le Monde*.

Compartimos una hora en su departamento. Tomamos té, conversamos, comimos tarte au citron. Esa tarde, el Ángel Azul me pidió que le ahorrara el esfuerzo de la singularidad. Voy a traicionarla. Voy a seguir exigiéndoselo. A ella, la gran actriz. Porque se animó a ejercerse sin pudores, a combatir. Porque esperó a que cayera el Muro para volver, como lo hará dentro de poco, a descansar junto a la tumba de su madre, en su Berlín natal.

No estaba, aún no lo estoy, dispuesta a ceder a la desilusión.

FESTEJO

Es día de festejo, que se ponga coqueta, que ni se le ocurra vestirse así nomás. Obediente, se levantó temprano y se dejó hacer. Bañarse, los ruleros, limarse las uñas, pintárselas. A qué tanta alharaca, pensó, mientras le batían el pelo. Como si de una batalla ganada se tratara. Una victoria. Si supieran que hace tiempo que ha dejado de considerarla un contrincante, que ya no le teme. Que se sienta a menudo con ella a conversar. Como ahora, después de haber tomado el té en vajilla de porcelana, mientras sus hijos, nietos y los parientes lejanos con los que le han adornado la fiesta entonan para conjurar su propio espanto, *que los cumplas feliz.*

UN PUNTO EN EL CIELO

Hay un punto en el cielo, sólo uno, en el que el viejo fija la mirada como embelesado. Siempre el mismo, siempre a la misma hora. Es extraño. Cómo lo localiza, qué es lo que ve, para qué, son preguntas que me hago. Llegué a la conclusión que es una especie de ritual cuya frecuencia y duración él baraja según quién sabe qué variable. Algún ritmo interno, una compulsión, ¿un llamado? ; o, quizás, una necesidad a la que ni él ni yo sabemos darle nombre. Porque hay necesidades a las que no sabemos darle nombre, ¿no le parece? Eso también ocupa mi mente. Con frecuencia. He intentado preguntárselo más de una vez, pero el viejo no suelta palabra. Ni siquiera parece reparar en mí. Al principio lo observaba desde lejos. Después comencé a acercarme. De a poco, tímidamente: no quería molestarlo. Me sentaba a una distancia prudencial, ¿que qué considero prudencial?, déjeme pensar: alrededor de unos tres metros, o dos, o uno, depende. Como él, levantaba mi vista al cielo intentando descubrir qué era lo que había allí, qué era lo que él veía. Y, debo reconocerle, añorando que, aunque fuera por contagio, aquello me bañara con algo de su fascinación. ¿Desde cuándo y por cuánto tiempo más pienso hacerlo? No lo sé, soy un hombre paciente. Todo el que haga falta, me propuse. Por eso, cada atardecer, desde que descubrí al viejo, me siento a esperar la noche desde mi ventana. Como los esquimales que son capaces de percibir y nombrar las sutiles diferencias de la nieve, he desarrollado desde entonces la capacidad de predecir, cada vez con mayor exactitud, su grado de oscuridad y de luz. Y le he inventado más de una veintena de nombres. Porque cada noche tiene su aroma y su luz, no sé si ha reparado alguna vez en ello. Hay noches de una

oscuridad que quema, noches brillantes; noches que, como la calma que antecede a las tormentas, huelen a miedo; noches con olor a hembra, noches ligeras casi transparentes, yo las llamo noches libélula. Y si el viejo está ahí, salgo a la calle y me quedo a su lado, esperando, en silencio. Salvo que la curiosidad o la impaciencia me venganzan; entonces, aunque sé que no me dará respuesta, vuelvo a preguntarle. ¿Por qué insisto? ¿Por qué no acepto de una vez que todo es una trampa en la que vuelvo a caer, una fuga de mi mente? Me dice que el viejo no existe. Como yo, usted también es perseverante. Insiste e insiste, vuelve a preguntar, intenta convencerme. Míreme. Míreme bien. La piel, los órganos, mis ojos. Secos, secos, tan secos, tan muertos de sed. La fascinación no es algo que ocurra así porque sí y, al menos yo, la necesito como el agua para vivir. Déjeme que le pregunte algo a usted, ahora. ¿Qué lo autoriza a asegurar que lo que veo o, como usted asevera, lo que necesito ver, no existe? ¿Cómo lo sabe? Mírese. Su propia piel, su sed. ¿Acaso no siente envidia del viejo?



No hay literatura ahí, donde la letra no nos interpela: a los lectores, pero antes a la mano que escribe. Detrás de cualquier historia que se cuente debería haber una especie de arquitecto de preguntas. Y nada de eso, sin embargo, debe notarse.

Tal parece el plan poético que guía los pasos de *Desnudos bajo la luna*.

En las historias que nos cuenta acá Eva Jungman hay un aire casual, cotidiano, que resuena siempre en nuestra experiencia, y un final que las resuelve en el plano de la poesía, pero nunca a modo de cierre: más bien lo hace en el territorio de un enigma, en ese lugar nos deja. No, es claro, a la trivial manera del artificio ingenioso. Sus finales nos hunden en una pregunta que también resuena en nosotros, como una cuerda que una vez pulsada no deja de vibrar, y nos dicen algo que no sabíamos que siempre nos habíamos preguntado. Y que, luego de la lectura de *Desnudos bajo la luna*, seguiremos preguntándonos.

Por muchas respuestas que ensayemos para este recorrido por “la traidora geografía de la ilusión” como dice la autora, volveremos una y otra vez a buscar en su texto, algunas claves, porque es sólo en el texto donde paradojas de la literatura se nombra lo que no se nombra.

No es poca virtud, pero mejor aún no es poco arte, sobre todo si, además, encima, se le agrega humor, vitalidad, y esa mirada socarrona, irónica, que nos invita a ser inteligentes, mientras nos va desnudando en nuestra profunda estupidez.

¿Habrá mejores formas de celebrar la condición humana?

Hugo R. Correa Luna
Septiembre de 2013

